

Emilio J. JUSTO, *Después de la modernidad. La cultura posmoderna en perspectiva teológica*, Santander: Sal Terrae («Presencia Teológica», 284), 2020, 240 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-293-3007-6.

Emilio J. Justo, profesor de Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca y presbítero de la diócesis de Zamora, nos invita en este ensayo teológico a pensar nuestra cultura con la intención de conversar con ella desde la convicción de que en el diálogo cultural la teología recibe impulsos para pensar y puede aportar elementos que enriquecen la reflexión.

La obra se divide en seis capítulos. En el primero de ellos se parte del contexto en el que vivimos. Después de la modernidad nos encontramos en una situación cultural que recoge su herencia, aunque en muchos casos la ha traspasado y abandonado, dando así origen a un panorama espiritual distinto. La ausencia de fundamento y la falta de unidad que acusan a la posmodernidad han provocado la experiencia de extrañamiento del mundo, conduciéndolo a un fuerte individualismo y a autoerigirse como creador de valores. En esta experiencia nihilista desaparece toda objetividad. La ciencia parece ser el único ámbito donde cabe la verdad. Así, en el capítulo segundo, el autor se detiene en la comprensión científica de la realidad, como forma adoptada por la cultura contemporánea para comprender el mundo. Esta reviste rasgos de exclusividad, de tal forma que todo aquello que resulta inexplicable desde el punto de vista científico, se ha llegado a considerar como irracional.

En el tercer capítulo se aborda un tema decisivo de la cultura: el ser humano. En él se concentra la situación de nihilismo. En la actualidad, paradójicamente, por un lado se exalta lo natural hasta extremos de una material naturalización de todo lo humano y, a la vez, se pretende una absolutización de su libertad individual hasta el punto de

que cada persona decide y cree lo que es la propia condición natural. Sin embargo, la naturaleza humana se entiende desde la libertad, la cual está esencialmente vinculada a una determinada naturaleza. Dicha relación nos pone ante la cuestión del vínculo existente entre la objetividad y la subjetividad, y entre la universalidad y particularidad, para recordarnos que el hecho de la naturaleza presenta una nota de objetividad que remite a lo verdadero y universal. Por su parte, la libertad personal significa una singularidad que hace presente la particularidad.

Los temas tratados en estos tres primeros capítulos dan origen a corrientes de fondo que se afrontan en los siguientes capítulos. Si la visión del hombre es el tema central para comprender la cultura, la pregunta por la verdad y por el absoluto está en el fondo de grandes interrogantes culturales y sociales. En ellos se detiene el capítulo cuarto. A partir del individualismo nihilista, la libertad creadora del hombre genera diferencia y particularidad; todo resulta provisional y se puede crear. Así aparece la pluralidad de realidades que cuestionan que haya algo universal, y por tanto la existencia de una posible unidad, bien originaria, bien generada. En relación con esto surge el tema de la religión en las sociedades plurales a las que se dedica el quinto capítulo de este libro. Aquellas que tienen pretensión de verdad experimentan la dificultad de integrarse en una sociedad que ha renunciado a la verdad y al absoluto. En la raíz de esta visión se encuentra la muerte de Dios provocada para lograr un mundo secularizado, que establece el politeísmo como principio básico del pluralismo perseguido. Sin embargo, lejos de lo-

grar el anhelo moderno de hacer desaparecer la religión, la posmodernidad se ha encontrado con un resurgimiento que lleva a la necesidad de pensar la religión como una estructura que forma parte de la vida humana y que, por tanto, está en la sociedad.

La religión y la experiencia religiosa son elementos irrenunciables para pensar a Dios, que es el criterio decisivo. El sexto capítulo de esta obra se centra en la pregunta por Él. La muerte de Dios genera abismo, pues el mundo se contempla sin origen, ni fundamento, ni sentido. Que Dios hable o calle no resulta indiferente, pues ante Él, el hombre se ubica buscando sentido y comprendiéndose a sí y al mundo. El silencio divino resulta escandaloso para algunos y doloroso para quienes le buscan. Preguntarse por Dios siempre es

dramático, pues cuando se hace, una sensación de indefensión y pobreza invaden al hombre ante cuestión tan sublime. Mostrarse indiferente es signo de miedo ante dicho dramatismo. En medio de todos estos planteamientos, el Dios cristiano se muestra como fundamento de vida, que hace existir lo distinto de sí y crea un espacio de relación con lo otro. La creación supone pues un espacio personal que es posibilidad de unión y de acción en libertad.

La bibliografía final que se ofrece en las últimas páginas de la publicación, da muestra de la seriedad académica del presente ensayo, además de ofrecer al lector un amplio y rico elenco de estudios sobre las cuestiones abordadas.

Jorge DE JUAN FERNÁNDEZ